

CLARIDAD

Periódico de Sociología, Crítica y Actualidades

Redacción y Administración; Agustinas 632, Santiago

Dirección Postal: Casilla 3323

Aparece los Sábados

Precio: 20 Centavos

AÑO II. — SANTIAGO. DICIEMBRE 10 DE 1921 — NÚM. 46

LA REFLEXION DEL COLONIAL



Resulta que "ser civilizado" consiste en "hacer lo mismo" que antes de serlo. De "Guerra Social"

Sastrería Ecuatoriana

DE

LUIS MOSCOSO M.

TRAJES ELEGANTES:

CORTE INGLÉS Y AMERICANO

GRAN DESCUENTO A LOS ESTUDIANTES

Avenida Independencia Núm. 867

LEA UD.:

EL COMUNISTA, de Santiago
 EL HOMBRE, de Montevideo
 LA BATALLA, de Valparaíso
 EL TRABAJO, de Punta Arenas
 VERBA ROJA, de Santiago

A LOS SUSCRIPTORES

La Administración de CLARIDAD pone en conocimiento de sus suscriptores, que las suscripciones han terminado el 12 de Octubre p. pasado, fecha en que la revista umplió UN AÑO de existencia. «Claridad» avisa a sus favorecedores que mandará a sus domicilios, una persona autorizada para la renovación de las suscripciones.

Los Suscriptores del Norte y Sur del País, PUEDEN RENOVARLAS en el curso del presente y del próximo mes.

La Convencion Obrera de Rancagua

que se celebrará el 25 de Diciembre próximo debe pronunciarse sobre la actitud de la Federación Obrera de Chile ante la Tercera Internacional.—El voto de cada obrero debe ser consciente.—Cada convencional debe saber lo que va a aprobar o a rechazar.

La Tercera Internacional Comunista de Moscú - por Carlos Pereyra

Folleto de 100 páginas, lujosamente publicado por la EDITORIAL JUVENTUD, conteniendo todos los antecedentes.—¡Sólo quedan 300 ejemplares!—PRECIO: \$ 1.50 el ejemplar.—Por más de 10 ejemplares: 30% de descuento, siempre que se envíe anticipado la mitad del valor y el costo del franqueo (\$ 0.40).

Pedidos: CARLOS CARO, Casilla 3223 - Santiago

OSCAR WILDE

El Alma del Hombre bajo el Socialismo

y otros ensayos filosóficos y Literarios de diversos autores en el N.º 16 de

JUVENTUD

Agotada la edición popular, sólo quedan pocos ejemplares de la edición especial en papel satinado.

Precio del ejemplar:

\$ 2. =

DEUDOR MOROSO

de la Federación de Estudiantes de Chile.

HOMERO CALDERA

(Secretario de la Municipalidad de San Felipe)

Debe la suma de SEIS MIL cuatrocientos dieciocho pesos y ochenta y ocho ctvs. (6,418.88), más los intereses correspondientes; dinero que no ha entregado desde la Fiesta de la Primavera del año 1916 en la que fué nombrado cajero general. = Hay un juicio pendiente en su contra.

Suscripciones a Claridad

Chile

Por un año..... \$ 10.00

Por medio año..... 6.00

Número suelto 0.20 - Número atrasado 0.20

Exterior, Argentina

Por un año, 5 nacionales.

Para los demás países 15 francos.

Toda correspondencia dirijase a

CARLOS CARO

Redacción y Administración de CLARIDAD

Agustinas 632. Casilla 3223, Santiago.

La Federación Obrera

DIARIO DE LA CLASE OBRERA:

OFICINAS y TALLERES

Agustinas 730 - : Casilla 3907

SANTIAGO

ORGANO OFICIAL
DE LA
FEDERACION
DE
ESTUDIANTES
DE
CHILE



CLARIDAD

Periódico Semanal de Sociología,
— Crítica y Actualidades —

SANTIAGO, DBRE. 10 DE 1921



:: REDACCIÓN ::
Y ADMINISTRACIÓN
:: CLUB ::
DE
ESTUDIANTES
AGUSTINAS 632
:: SANTIAGO ::

No es que falten recursos Lo que falta es honradez

El país está viviendo de presurado. Aún los más aficionados a las compulsas estadísticas, han perdido ya la cuenta de lo que estamos debiendo en esta danza loca de los millones pedidos al extranjero y a la economía nacional. Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que casi la mitad del presupuesto nacional debe destinarse a pagar los réditos y amortización de las ya fabulosas deudas que pesan sobre todos nosotros, y que pesarán por miles de años sobre los ciudadanos que vayan naciendo, hasta quién sabe cuántos cientos de generaciones!

Se pide, se pide, y se pide. Es un pedir sin fin. El Gobierno es un pediguño incorregible. En lugar de acudir a las economías, suprimiendo el enorme exceso de empleados injertados en la Administración por cada uno de los partidos,—que más parecen organizados para devorar a la nación que para otra cosa—, se recurre al crédito como a la cosa más natural del mundo. Es así que el Gobierno semeja un vasto criadero de parásitos que se alimentan con lo que producen las fuerzas útiles, trabajadoras e inteligentes del país.

Todavía, no satisfecho el Gobierno con estas cargas echadas sobre los hombros del Pueblo Trabajador, piensa en elevar los actuales impuestos y aún crear otros nuevos. Esta doble sangría es claro que no la pagarán ni oligarcas ni burgueses. Ellos llevan a las Tesorerías Fiscales un dinero que no es suyo, un dinero que no saben ganar, un dinero que pertenece al Pueblo explotado y robado en las mil formas que asume la explotación del hombre por el hombre mismo. En última síntesis, será el Pueblo Trabajador quien cargará con la totalidad de las deudas actuales y con las que seguramente vendrán más tarde.

Menos mal si las grandes sumas traídas al país se emplearan en costear buenos servicios públicos; si los fondos se invirtiesen en obras reproductivas; si ese dinero sirviese para provocar el progreso nacional.

Pero todos sabemos la suerte que corren los empréstitos, y las mismas rentas nacionales. Los especuladores succionaron buena suma de millones del Empréstito Ferroviario. Automatas desahilados y pito, asociados con proveedores de los Albergues, defraudaron al Fisco en una suma cuyo monto no se conoce todavía, y probablemente no se conocerá jamás, porque el simulacro de proceso que hoy se lleva adelante, terminará, como tantos otros, con el benévolo sobreseimiento que es de regla cuando se trata de los grandes ladrones... Y el Pueblo será, en último término, el que cargue con las consecuencias de aquel fraude escandaloso.

En un país como éste, en que el robo, el fraude, la dilapidación de los dineros fiscales es la característica inconfundible de gobernantes y empleados públicos, el dinero se diluye como por obra de encantamiento. Y hay, por esto, necesidad de recurrir constantemente al crédito; lo cual equivale, ni más ni menos, que a llenar un tonel sin fondo con una criba... Todas las contribuciones y todos los empréstitos imaginables, serán siempre pocos para tan anchas tarascas...

Creemos que lo que hace falta no es traer dinero del exterior, sino crear honradez y moralidad dentro de casa...

Pero esto, en Chile, es pedir peras al olmo!

M. J. MONTENEGRO.

-- Moral de ocasión --

No diremos ninguna novedad si afirmamos que nuestras nociones morales están muy lejos de responder a las exigencias de la naturaleza y de la justicia.

Con la naturaleza riñen abiertamente apenas se esboza el problema de las necesidades fisiológicas, tales como la alimentación y la reproducción. Con la justicia, tan pronto irrumpe el antagonismo de los intereses.

Por harto sabido, no es necesario repetir que se llama ladrón al que se apodera de algo que necesita, y hombre honrado al que diariamente sustrae a los demás hombres que para él trabajan, una parte considerable del valor de su trabajo; no repetiremos la vulgar consideración que reputa barragana a la mujer que libremente se entrega al amor de sus amores, y respetable señora a la que toma en arriendo un hombre que sirva de tapadera a sus devaneos. Olvidado tiene todo el mundo que vivimos por completo a merced de una moral acomodaticia y de ocasión.

Más, profundizando un poco en la materia, se observará que los falsos valores de la moral corriente llegan a alterar hasta la condición misma de los individuos, mistificando sus juicios y sus sentimientos. Dase frecuentemente la paradoja de que estimemos de diferente manera hechos absolutamente idénticos. Lo que tenemos por heroicidad en unos casos, lo llamamos otras crueldad, salvajismo, barbarie. Un hombre de ciertas condiciones es un monstruo o es un héroe, no según las circunstancias concomitantes de los mismos. Santo o demonio es cualquier individuo excepcionalmente dotado, no según su conducta, sino según las preferencias ideológicas que le animan. En todo momento aplicamos distintos pesos y distintas medidas y, por contera, nos quedamos tan satisfechos y tan ufanos de nuestra incomparable moral.

Ni aun en los momentos de las grandes crisis sentimentales queremos rendirnos confesando la antinomia irreductible en que vivimos. No hay voluntad bastante para revisar nuestros juicios y reconocer el vicio de origen que nos conduce a falsear las más elementales nociones de equidad. A lo sumo, nos asombramos de que un hombre a quien teníamos por honrado, valeroso, buen ciudadano, etc., caiga de pronto en el abismo del crimen o en la depravación del vicio.

Y, sin embargo, casi nunca hay contradicción en el caído. La contradicción está en nosotros. La contradicción está en nosotros porque lo que en una ocasión consideramos como valor heroico, lo juzgamos en otra como ferocidad inconcebible. Bajo la influencia de las ideas metafísicas de patria, de honor, de caballeridad, etc., o de fe religiosa, de abnegación política, de civismo ciudadano, todos nuestros principios morales se trasmutan. La medida es absolutamente distinta de la que aplicamos en la vida ordinaria.

Hay estatuas levantadas a hombres cuyo mérito principal ha consistido en ser azotes de la humanidad. Si estos mismos hombres hubieran aplicado sus instintos feroces en la vida corriente y moliente, habrían sido de seguros llevados a la picota y colgados de un palo. Esencialmente no existe diferencia entre uno y otro orden de hechos. Cada cual da de sí lo que lleva dentro según las circunstancias y el medio en que se encuentra. Aquello que está inscrito en nuestro organismo por la herencia, la tradición y la educación, no se borra por el sólo hecho de nacer y vivir en una u otra esfera social. Lo que hace es acomodarse a nuestra moral de ocasión y nada más.

¿Cómo no nos damos cuenta de que ciertos hechos criminosos, ciertas conductas depravadas, son, en el fondo, traducción fiel, en otro medio distinto, de inclinaciones grabadas en un organismo defectuoso cuyas heroicidades hubiéramos aplaudido y orlado de flores en diferentes circunstancias?

La educación en los falsos valores morales, desarrollando los instintos feroces, las inclinaciones guerreras, los egoismos brutales, las ambiciones y las envidias mortificantes, es la que favorece la formación de esos monstruos que de tanto en tanto anonadan a la humanidad.

No nos parecen bastante repugnantes ciertos hechos hasta que dan todos sus espantosos frutos. A cada momento y en cada instante pasamos sin inquietarnos al lado de los vicios más repulsivos, de los delitos más odiosos. Les aplicamos la moral de ocasión sin que nuestra conciencia nos acuse de la más ligera complicidad. Somos, sin embargo, amparadores y factores de vicio y de delito, cuando no viciosos y delincuentes. Nuestro asombro en las grandes crisis, es nuestra acusación.

Habremos de revisar todos nuestros valores morales, todos nuestros falsos valores morales, para no quedarnos mudos de terror ante la fiera humana que nosotros mismos hemos modelado. De la entraña misma de nuestra organización pública, brota la iniquidad, la lucha brutal, la despiadada crueldad que nos deshonra y nos envilece. Una moral sincera que hiciera hombres buenos, acabaría con el monstruo humano. Pero esta moral deseada es imposible en un mundo de castas, de privilegios y de irritantes desigualdades. Esta anhelada moral será la obra de un porvenir en que sólo soñamos unos cuantos utopistas. Y el sueño se convertirá un día en realidad o la especie humana habrá desaparecido en el abismo de todas las bestialidades.

R. MELLA

No se devuelven los originales; la Dirección no se hace responsable de los artículos firmados.

: ANDROVAR :

Ver

Vemos no una cosa real y determinada de un modo aislado y perfecto, sino sumada esa observación a recuerdos de otras cosas ya vistas que le eran semejantes o asociadas.

Ver, vulgarmente, se llama al fenómeno complejo que representa una observación real enturbiada por el recuerdo de sus semejantes.

Si vemos las cosas en estado de reconocimiento, las relacionaremos más con lo que sabemos que con lo que observamos.

Dejar de ver lo que se está mirando, es una forma de convencimiento.

Este fácil convencimiento es funesto para el pintor.

Toda preocupación es una forma de ceguera, y todo hábito una miopía.

La continuidad y repetición de las sensaciones desgastan la facultad de distinguir las particularidades de cada una de ellas, puesto que la atención se relaja si no va constantemente sostenida y alimentada por un deseo, por un placer, o por una necesidad que la mantenga e intensifique.

Como principalmente vemos por necesidad de ubicación y rumbo, vemos mejor en cuanto forma que en cuanto color.

Estando el aire coloreado el pintor nunca dispone de colores, que al envolver a su vez ese aire, sean capaces de reproducir constantemente el tono que desea.

Envuelto en una luz, o en un ambiente dados, es imposible, por carecer de medios de comparación, distinguirlo y apreciarlo con exactitud.

Los principiantes en pintura no ven, sino que discernen sobre lo que ven.

Ver en cuanto pintor es ver por el goce de ver, tiene así un carácter de finalidad, allí culmina una actitud de espíritu a la que ayuda y refuerza la atención emocionada.

En el pintor no son los ojos los que ven. Ni es un proceso fotográfico el que en ellos ocurre. Los ojos sólo hacen posible la visión, pero no la constituyen. Es el hombre el que por su medio ve.

El pretendido determinismo científico se basa en una probable extensión de dominio; del mismo modo que el libre arbitrio se funda en una intuición sobre un posible reino ajeno al reino físico.

Complejidad

Lo ineludible de las múltiples necesidades varias de la realidad hace que la vida no pueda

resolverse lógicamente yendo de lo sencillo a lo complicado.

Fatalmente es preciso avocarse todo de una vez.

Alcance de la pasión

Toda pasión, es decir un estado ajeno a la voluntad y al raciocinio, estado vital por excelencia, presta a las actitudes múltiples del poseído la sinceridad engañosamente ambicionada por caminos de lógica o deseos de mejoramiento.

Un hombre llevado por la pasión acomete los obstáculos con una naturalidad especial, puesto que entre mayor sea esa su pasión, más profundas y trascendentes, más traductoras de su ser total serán sus actos y palabras.

El apasionado no medita primero y luego lleva a la práctica el fruto de esa meditación. Se deja vivir acaso en la confianza que siendo la razón vital madre de todo, y la meditación simple hija menor de ella, mal puede seguir las razones de esta última cuando es llevado con ímpetu por un estado de exaltación de la primera.

El engaño de la resolución

Resolver un problema vital no es siempre lo más difícil de su resolución. Resolverlo sin provocar otros nuevos, mayores o insolubles, es el verdadero problema.

Como todo efecto es a su vez causa, la resolución práctica de un problema se reduce a escoger de entre los problemas futuros que la solución de uno presente provoque, aquellos que, a su vez, puedan resolverse con otros, y así indefinidamente todo lo más lejos que nos sea dable prever de una sola vez.

Los caminos

Un camino, qué cosa tan sugestiva es. ¡De tanto ir y venir los hombres por los caminos, parece que ellos también estuvieran yendo y viniendo!

El camino, he ahí una tierra desde antaño comunizada. Es tuya, pero no puedes detenerte en sitio alguno de ella. Es tuya, a condición de que llegues y pases. Si los caminos no existieran, ¿cómo harías para andar sin tropiezos? Y si toda la tierra no fuese más que caminos, ¿dónde podrías detenerte por largos años?

Cuando toda la tierra sea un bien común, toda ella será al igual de un camino. En cualquier sentido, a semejanza del mar, parecerá dentro de sí, ir y venir.

Los hombres, entonces, como marineros nostálgicos, soñarán inútilmente con la tierra firme, pues ya las playas serán como si no existiesen.

El que no pudo amar

Desde que Don Juan se casó, es punto menos que imposible encontrarlo fuera de casa, sobre todo por la noche. Los cabellos ralos y grises, las espaldas un poco encorvadas, y, —¿por qué no decirlo?— un catarro obstinado, ya crónico, lo mantienen alejado del mundo, de sus pompas y vanidades. Sin embargo, una noche de Marzo he visto a Don Juan Tenorio hablar en un sitio público con Juan Ashaverus, llamado el Judío Errante.

Dentro de la ridícula majestad de una gran cervecería alemana, bajo el bláncor desvergonzado de una redonda lámpara eléctrica, los dos hombres estaban charlando y meneando las cabezas grises, sin mirar la muchedumbre de mujerzuelas, de labios escandalosamente pintados y de mozalbetes flacuchos y aburridos, que se divertían y bebían en torno a ella. Las dos legendarias apariciones habían bebido su taza de café, y no recordaban para nada que hubiese en el mundo añcionados al «folklore» y profesores de poesía comparada. Ellos bebían y hablaban como vosotros y como yo, y sus palabras llegaban claras y comprensibles a mis oídos; así que me recosté sobre la mesita de tierra en la que hablaban. Una silla estaba desocupada, y yo me senté junto a ellos. Los dos viejos no interrumpieron por eso sus discursos, y apenas me miraron, sonriéndose de reojo, como si se tratase de un amigo de la infancia que hubiera dejado pocos momentos antes.

—No es fácil, no es fácil— afirmaba enérgicamente Don Juan— dar una explicación de mi historia, y es posible que yo muera antes de que se descubra el secreto de mi vida. He asistido alguna vez a los teatros donde representaban mis aventuras, y he reído más que los espectadores oyendo aquellas ingenuas parodias que hacen de mí un insaciable libertino, lleno de lujuria y de vanidad, hundido a la postre en el infierno por las venganzas del Comendador y de Dios.

¡Dulce, dulcísima cosa ésta de no ser comprendido por los grandes dramaturgos! Ni siquiera Molière, que también era cortesano y galanteador, además de comediante, me comprendió jamás. Nadie ha sabido ver detrás de mi jubón de azul marino y detrás de mi sombrero de pluma negra y solitaria. Seducciones, besos, fugas nocturnas, escalamientos secretos, citas insidiosas, acechos y raptos, mascaradas y banquetes, y el blanco monumento y la fiesta final, todo lo que era exterior, convencional, ficticio; todo eso han visto, y

nada más que eso, los que componen tragicomedias y poemas: un pintoresco seductor, un caprichoso caballero, un enamorado voluble: eso soy yo para ellos y para los lectores. Y ninguno de estos grandes reveladores del corazón humano ha descubierto la desesperada razón de todas mis aventuras. ¡Ni siquiera uno solo ha sospechado que yo era libertino a mi pesar y contra mi voluntad!

Puedo recordar las noches de mi primera adolescencia, cuando, antes de quedarme dormido, procuraba fantasear y decir sobre mi vida futura. Pocos chiquillos había más dulces y puros que yo. Pensaba en el amor como en cosa sagrada, y la mujer era para mí como un premio misterioso que me esperaba en los umbrales de la juventud. Y llegó la juventud, y vino la primavera, y se llenaron de verdor los árboles, y las mujeres se vistieron con sus hermosos trajes claros. Pero el amor no vino. Fué para mí una palabra más. No sentí ninguna de aquellas palpitaciones que cubren la palidez mortal, en un momento determinado, la fisonomía de los hombres. No tuve sobresaltos y escalofríos en presencia de un rostro amigo, ante la armonía de una voz querida. Despertaron mis sentidos, pero mi corazón continuó tranquilo, apacible, acompasado como antes. Tenía el deseo del amor, pero no la capacidad de amar. Y comprendí que no había amado nunca, que no había sentido nunca los desvaríos y los ardores de la pasión. Comprendí que podía gozar con las mujeres, que podía hacerme amar de ellas, pero que no llegaría por un instante a agitar mi corazón o a turbar mi alma. No quise creer en los comienzos en esta mi incapacidad de amar, y hollé todos los caminos para desmentir mis experiencias primeras. Porque yo creía en la hermosura y en la grandeza del amor, y no quería que las mujeres fuesen para mí más que juego y pasatiempo. Traté, por ende, de despertar en mí a toda costa esta pasión, por la que me sentía espontáneamente incapaz; tenté todos los recursos imaginables para que me inundase por una vez tan solo la insensata llama del amor.

Y tuve para mí como una cosa indudable que llegaría a mi objeto, "como si" realmente anduviese enamorado, esperando que, a fuerza de repetir ciertas palabras y de realizar ciertos hechos, habría nacido en mí el sentimiento que en los demás despiertan estos hechos y aquellas palabras. Y fingí a la perfección el amor e imité todos los gestos,

sonrisas, miradas, palabras y expresiones que usan los enamorados. Repetí mil veces, millones de veces, las más tiernas imágenes, las más ardientes confianzas, los más apasionados fragmentos de lírica personal. Besé, acaricié, suspiré, pasé largas horas bajo una ventana; aguardé noches enteras, embozado en mi capa andaluza, la aparición de una luz conocida; escribí cartas delirantes; me esforcé por derramar lágrimas de emoción y llegué a comprometerme a los ojos de todos, jurando solemnemente ser novio de una jovencita que se había turbado demasiado viéndome representar mi comedia amorosa. Más en vano, siempre en vano. Pues de nada me sirvió mi diligente farsa, estudiada en los más perfectos modelos y en los libros más celebrados. Continué siendo incapaz del verdadero amor; tuve que reconocer todos los días, a todas horas, mi absoluta y radical incapacidad de amar.

Y fué entonces cuando comenzó mi vida legendaria, esa leyenda que ha hecho de mí el tipo del inconstante libertino. Hasta entonces había sido casto corporalmente, y había buscado en toda mi alma este afecto potente y terrible, del que todos los hombres están saturados, una vez al menos. Pero no tuve el valor de resignarme ante mi impotencia pasional. Quise, una vez más, y para toda la vida, tentar nuevamente fortuna. Esperé que tal vez, súbitamente, el amor inundaría en plenas oleadas mi corazón, más intenso e impetuoso que otro alguno, por la gran expectación. Creí que hasta aquel momento no había brotado todavía en mí, porque no había conocido la mujer que hiciera borbotar y manar mi manantial interno de pasión. Y busqué desesperadamente, y anduve por todos los países, por todas las ciudades del mundo, por toda la tierra, seduciendo doncellas, atrayendo vírgenes, conquistando viudas y mujeres casadas, siempre inquieto, sobresaltado, descontento, insatisfecho, siempre en espera de esta mujer única, de esta desconocida libertadora, que debía existir en alguna parte, que yo debía encontrar, que debía mostrarme el inmortal amor. Y hubo mujeres que me amaron, y mujeres que huyeron conmigo, y mujeres que lloraron por mí y mujeres que murieron por mi causa. Pero no conocí la alegría y la sorpresa de encontrar aquella que hiciera sobresaltar mi corazón y confundir mi ánimo. Gocé del cuerpo de innumerables hembras y sentí latir sobre mi pecho innumerables corazones de amantes. Pero no supe poner a tono mi alma con la de quien me amaba. Estaba junto a ellas, con el espíritu frío, insensible, lúcido; preocupado únicamente con la armonía de

sus líneas y con las graciosas curiosidades de sus ardientes almitas. Mirábalas en los ojos—ojos negros, ojos azules, ojos pardos, ojos de espasmo y de pasión.—Y veía en el reflejo de estos ojos mi rostro y la alegría de estar próximo a ellos. Y, no obstante, mis ojos no se velaron, y después de poseerlas, las dejaba sin la menor amargura.

Se me llamó entonces lujurioso, vil; se dijo que me hartaba únicamente del placer carnal y que despreciaba el amor. Y era a la inversa precisamente: pasaba de hembra en hembra, de aventura en aventura, buscando el único amor. Mi volubilidad era consecuencia de mi constancia en buscarlo, y mi capricho nacía de la desesperación de no dar con el amor. Creyeron que yo me divertía, cuando estaba enormemente triste por mis vanas rebuscas; dijeron que era cruel, cuando era la suerte la que obraba cruelmente conmigo. Traté mil mujeres, porque no dí con aquella a quien quería amar para siempre, y se me imaginaron que yo deseaba jugar con todas. No vieron, tras la aparente ligereza del caballero voluble, la rabiosa tristeza del "amante no correspondido del amor".

Muchos corazones femeninos sufrieron por mi culpa; ninguno conoció, ni aún en las lágrimas y en los sollozos de los abandonados, toda la acerba desesperación de mi alma, que no se contentaba, ni de las carnes de mármol, ni de las aventuras fáciles. Hay en la máscara de mi leyenda la amarga sonrisa del que fué amado con ímpetu, sin acertar a amar.

Calló entonces el viejo seductor, y el otro viejo comenzó a hablar de esta guisa con voz lejana:

—Todo lo que has dicho es acaso cierto y desde luego terrible. Pero no has dicho más que la causa interna, la prehistoria de tu leyenda, y no has ofrecido ninguna nueva interpretación de ella, ni la has añadido ningún sentido nuevo. Yo, que desde los siglos de los siglos recorro el mundo, y que he aprendido la meditación de la soledad; yo, que me he convertido, el errante Edipo, explicador de enigmas y filósofo trágico, alcanzo perfectamente cuál sea la enseñanza que de tu lamentable historia se desprende. Lo que los hombres han querido condenar y matar en tí es "el amor de la diversidad, el amor del cambio."

Ante tu mariposeo de hembra en hembra, ante la continua movilidad de tus gustos y de tus quererres, los hombres han levantado la blanca y rígida estatua del Comendador, el verdadero símbolo,—escribiría un lógico—del concepto inmutable frente a la continua variabilidad de la intuición. ¡Por ello es, ¡oh, Don Juan!, mi hermano! También en mí los hombres

(Continúa en la 8.ª página)

EL LIBRO DE MI AMIGO

*Poeta: me duele tu triste canción;
llamó a mi puerta en la noche glacial:
golpeaste en ella con tu corazón
que se quebró como un claro cristal.*

*Yo la he besado—como a un hijo mío—
bajo la luna que nos quiso tanto:
fué mío el frío de su desencanto
y se anegaba su llanto en el mío:
tiembla en mis nervios el escalofrío
de la mujer que bebió nuestro llanto.*

*Yo te sabía hermético y fuerte
—clara la frente de un aire sereno—
acogedor, amador de la muerte
con la inocencia del niño en el seno.*

*Tibia dulzura soñaba tu vida
—me lo decían tus ojos de aurora—
sin la esperanza vencida y herida
en la inquietud del minuto y la hora.*

*Primaveral, auroral te creía
—pureza de égloga soñé en tu jornada—
sin mordeduras de melancolía,
sin el horror y el terror de la nada.*

*No conocía tus fuentes de llanto:
manos de seda sirvieron de vaso
para saciarse en tu propio quebranto
para beber—como miel—tu fracaso.*

*Loco sadismo del alma divina:
como un vampiro nos besa y estruja
clava la espina y la ruta ilumina:
así una virgen que fuera una bruja.*

*Ya te perdiste al decir la canción:
—montaña de oro sobre tus espaldas—
vaciaste en ella tu azul corazón.
(Arriba brillan celestes guirnaldas).*

*Lírico orgullo de bíblica encina
a las estrellas alzaba tu frente:
tienes la torva mirada cansina
que pone un ansia imprecisa y demente.*

*Ya la montaña de tus confesiones
te deja yerto a medio camino:
brotan como flores rojas tus canciones
sobre tu cuerpo desnudo y divino.*

*Y aunque quisieras quebrar la montaña
se derrumbara y temblara en visiones
y al resplandor de la helada guadaña
anidarían en los corazones.*

*Yo—que te entrego mis manos leales—
no tengo fuerzas para levantarte:
tienes entrañas de niño, aurorales,
vibra en la vida y perdura en el arte.*

*Riega tu huerto de adelfas, bendito,
con lo que queda de tu corazón:
un perro fiel te acompaña—mi grito—
custodiará con amor tu emoción.*

R. MEZA FUENTES.

1920.



Colonización nacional

La convulsionada lucha social que mantienen burgueses y obreros es una pesadilla para el Estado.

Este querría estar bien con ambos porque sabe que ese sería el único medio que le permitiría prolongar su ya inútil vida.

La desocupación, agría la situación y aumenta las posibilidades de volcarlo todo.

El habilidoso Estado entonces, bajo el pretexto de amparar al pueblo, hace construir obras fiscales y procura impulsar las industrias básicas.

Ahora sólo se habla de hacer producir a las tierras nacionales por medio de la colonización.

Se dará a los pobres que lo soliciten algunas hectáreas en regiones sin movimiento, alejadas del tráfico.

Los pobres, algunos cientos o algunos miles, harán sus chimilicos y se instalarán en plena naturaleza. Trabajarán heroicamente del día a la noche con sus mujeres y sus menores, y cosecharán; pero como no podrán, por su condición de pobres, transportar las cosechas, serán explotados por los intermediarios, por los revendedores.

Al cabo de algunos años, el campo se habrá transformado un poco al contacto de los hombres. Se transformará en zona agrícola. Los colonizadores, con un esfuerzo inmenso, tendrán cierta independencia económica que equivaldrá a cierta parte de las comodidades que gozan los obreros industriales, los obreros de la ciudad.

El colonizador no podrá ni instruir a sus hijos, ni pensar ni cultivarse. Vivirá unido a la tierra, y comerá los productos de la tierra y será manso como la tierra. Ya no podrá separarse de ella porque lentamente se habrá hecho su esclavo.

Un día, quien le dió la parcela que lo nutre, constatará el progreso de la región y construirá un ferrocarril y hará que una ilusión de progreso ponga cierta inquietud en el campo.

Adquirirá entonces el derecho de gastar sus economías en impuestos y con su personal esfuerzo empezará a competir con las haciendas, en donde cientos de jornaleros trabajan para cualquier distinguido caballero.

No perecerá en la lucha porque la tierra le dará a lo menos para comer; pero habrá contribuido a valorizar tierras muertas que desde ese momento empezarán a inflar la potencia de los grandes capitales. He insensiblemente se convertirá en tributario de los terratenientes. Les dará su voto para que vayan al

Parlamento a resolver sus negocios, y les facilitará sus hijos para que su fundo produzca y pueda gozar en los grandes centros de las ventajas del confort y de la cultura.

Y si se le ocurriera recordar el instante en que todavía era obrero de la ciudad, le acaecerá algo extraño,

Por los niños rusos

Con su revolución, los rusos han sufrido materialmente más que todos los países vencidos en la nefasta guerra recién pasada.

El bloqueo con que los gobiernos imperialistas aislaron a Rusia, produjo un rápido agotamiento de los alimentos, de los vestidos y de las materias primas.

La burguesía rusa destruyó los medios de producción y la internacional se negó a proporcionar repuestos.

Y como ya ningún país puede pasarse sin el concurso de los demás, Rusia se desorganizó; y no tuvo ni vestidos ni alimentos que dar al pueblo, y éste, sin vestidos ni alimentos, comenzó a decaer, a morirse materialmente de hambre.

Los niños, sobre todo, han sido las víctimas del hambre y del frío. Con el rigor de los últimos inviernos la población infantil casi ha desaparecido.

El mundo, que bien podía mantenerse hostil a la organización social de Rusia, no ha podido observar la misma actitud frente al hambre de varios millones de seres.

Y las organizaciones intelectuales y obreras han colectado fondos para enviar alimentos al Soviet.

En nuestro país, un grupo de señoras está organizando una velada, cuyo producido será para los niños rusos. Esta velada se efectuará el 15 de este mes en el Teatro Septiembre.

Un deber de solidaridad nos impone el deber de contribuir a esta simpática obra.

¡Los pobres niños!

Cuando la prensa no tiene de qué ocuparse, da una campanada para concentrar la atención pública en el aumento de los delitos, las enfermedades, la rebeldía, la desorganización administrativa, el juego, la morfina y otros muchos males.

Entonces, los charlatanes, los políticos, los simples y los poseídos, opinan trascendentalmente sobre las características de la plaga hecha blanco; pero como en el fondo nadie siente la necesidad de que desaparezcan o aminoren, apenas ocurre algo nuevo, lo anterior queda olvidado en estado de comentario.

Es de buen tono opinar en puritano, cualquiera puede hacerlo. Ahora acaba de efectuarse una nueva colecta para combatir la sífilis.

El señor Fernández Peña hizo un llamado en nombre de la raza. Recalcó el hecho pavoroso de que de mil niños sólo cinco eran sanos.

No debía este caballero dolerse de un hecho tan baladí. Debía admirarse de que en nuestro país existan todavía niños. Con el estado de salubridad de que disfrutamos no debía existir ninguno. Y tampoco debían quedar hombres y mujeres; pero la casualidad los mantiene todavía vivos.

Seguiremos viendo cómo se pudren nuestros semejantes y constataremos que el remedio no existe en hacer colectas ni en desarrollar la órbita de acción de la beneficencia.

El remedio momentáneo estaría en que el Estado tomara por su cuenta la realización de una metódica obra profiláctica; pero el Estado tiene su atención y su fortuna metidos en él engrandecimiento del ejército y en extender nuestro poder naval. Y esto es muy importante, muy patriótico y muy acertado, porque el militarismo como doctrina y organización es lo mejor que ha producido el mundo.

Libre Arbitrio y Determinismo

Las luchas socialistas, sindicalistas y anarquistas del momento, dan a estas materias una palpitante actualidad. Agustín Hamon, en su libro DETERMINISMO Y RESPONSABILIDAD, las expone con gran profundidad, claridad y precisión. Extractaremos, sin sacrificar el fondo de este estudio, algunos capítulos de su obra.

VI.— Los medios cósmico, individual, social etc., determinan al individuo.

VI

El hombre es la resultante del tiempo y de los lugares en que vive, solidario de todo aquello que le rodea, le precede y le sigue. Su yo sufre la influencia, la modificación de todos los medios en que vive.

El derecho hereditario, el medio interno, *determina* su carácter, su temperamento; los medios cósmico, individual, social, *obran* sobre el carácter, el temperamento, *les modifican*.

Producto de estos medios, el humano puede ser libre y todos sus actos son determinados.

La voluntad humana, este estado de conciencia, está sometido a las influencias de los agentes físicos y sociales. La fisiología, la psicopatología, la estadística, lo prueban.

La energía varía según el individuo. Pero varía siguiendo las influencias necesarias internas o externas. El calor, el frío, el viento, la humedad, la sequía, el estado eléctrico de la atmósfera, la luminosidad, el clima, la altitud, la geología, la orografía, la cultura, la vegetación, todos estos factores que constituyen el medio cósmico, son modificaciones del ser, y por consiguiente, de la voluntad.

La nutrición, los cambios químicos del ser, la asimilación, la desasimilación, el estado de salud, el estado de enfermedad, todos estos factores que, unidos a la herencia, constituyen el medio individual, son modificadores de la voluntad, son componentes de ella. Los hábitos, las costumbres de la

No importa que los niños se pudran; lo interesante es que hagan su servicio militar. El ejército "es una escuela de virtudes físicas y morales" que "da a la nación ciudadanos sanos y aptos". Amén.

Una pretendida extensión de dominio

Sospecho que la ley de causa a efecto, ley esencialmente de orden físico, y que por extensión de aparente analogía, aplicamos al mundo entero y a nuestras fuerzas y voliciones espirituales, se encuentra en estas últimas fuera de su órbita.

Con la lógica conocida no es fácil comprobarlo, porque la lógica que poseemos es, precisamente, un instrumento adecuado para obrar, en el radio del pensamiento como si este fuese del orden físico.

El determinismo sería verdad en caso de que nuestras fuerzas espirituales perteneciesen al reino físico. Hay quienes así lo creen, y quienes que pertenecen a otro reino distinto.

En ninguna de ambas suposiciones basta creer, sería necesario probar. Y como esto no pueden hacerlo ni los unos, ni los otros, tanto el determinismo, pese a sus científicos defensores, como el libre arbitrio son fenómenos de creencia.

sociedad en que vive el individuo, la profesión que ejerce, su alimentación, su modo de vestir, su habitación, su higiene y la de los que le rodean, las epidemias reinantes donde se encuentra, la institución y educación del individuo y sus conciudadanos las instituciones y leyes etc., son otros tantos factores de los que su voluntad es la resultante.

Todos estos medios diversos obran simultáneamente, reobran los unos sobre los otros, influyen y son influidos.

Cualquiera que sea la extrema complejidad de la merología, no se puede dudar de la influencia de los medios sobre la voluntad, puesto que una multitud de hechos lo prueban. No se ha podido medir la intensidad de cada factor, saber cuál de éstos es el que vence, ya que todas sus acciones se enredan, se continúan, se modifican, se atenúan, se exacerban. Solamente es posible actualmente, en la génesis de ciertos actos, conocer relativamente el predominio de algunos factores sobre otros, y esto únicamente para ciertas series de factores, el medio social, por ejemplo.

Si se obra sobre el órgano modificándolo, se obrará, necesariamente, sobre la función modificándola. Así, la nutrición del cerebro influye sobre la voluntad. Las condiciones de nutrición de los elementos cerebrales están ligadas a condiciones del líquido nutritivo y de la circulación general y local. Toda causa que aumente o disminuya la circulación, acrecentará o disminuirá la presión sanguínea, modificará la voluntad. El alcohol, el café, el té, el ajeno, el tabaco, el opio, el karchisch,

La morfina, el calor, el frío, la humedad etc., son de estas causas. La ausencia de luz provoca la anemia; la tuberculosis deprime el sistema nervioso. El mismo ser, viviendo en un medio luminoso u obscuro, no tendrá la misma voluntad. La acción del calor o del frío es considerable. Todos nosotros sabemos cuánto modifica nuestras ideas una digestión difícil, cuanto altera nuestra voluntad: ¿No conocemos los proverbios: "El hambre hace salir al lobo del bosque; el hambre es mala consejera? La privación de alimentos provoca motines por adquirirlos. Pero a un cierto grado, esta privación quita toda energía.

La influencia de las estaciones puede también probarse sobre la voluntad, lo mismo que la del buen funcionamiento del aparato sexual. La mujer sufre con más o menos intensidad la influencia de sus épocas. Manías frecuentes evolucionan durante los menstruos. Hay neurosis provocadas por las influencias meteorológicas. Periódicamente, en relación con ciertos estados atmosféricos, existen personas atacadas de colores cuyo carácter, intensidad y sitio varían. La humedad, la electricidad, el ozono atmosférico, etc., son los factores principales de la etiología de estas neurosis.

No solamente determinan la voluntad los agentes físicos, sino también los factores sociales. ¿Quién no sabe la influencia de la imitación? ¿Quién no ha podido comprobarla en los niños y también en los adultos? Los hábitos son uno de los más poderosos determinantes de la voluntad. Las prendas de vestir, la habitación, jugando un papel variante en la temperatura y luminosidad atmosféricas, obran inmediatamente sobre la voluntad. La profesión, estado de riqueza, de pobreza o desvalimiento son también modificadores mediatos de la voluntad. De ellos dependen, en efecto, las condiciones de alimentación, calor, frío, humedad, etc.

La voluntad puede apagarse, como se apaga la memoria, la inteligencia o toda otra función del sistema nervioso central.

En el estado de demencia, el orga-

nismo cerebral está alterado y, por consiguiente, también su funcionamiento psíquico.

La herencia es también un factor determinante de la voluntad. Ella ha fijado las tendencias del individuo, establecido el substratum sobre el que los medios cósmicos, sociales e individuales, vendrán a obrar desarrollando, atrofiando, anestesiando, hiperestesiando. Ella ha tejido la malla sobre la que las influencias mesológicas bordarán mil arabescos.

Esta acción sobre los individuos de todas las condiciones mesológicas está probada científicamente. La fisiología, la psicopatología, lo han demostrado; la estadística ha venido a confirmarla. Se ha podido comprobar que los casamientos, los crímenes, los suicidios, la emigración, los nacimientos, la mortalidad, etc., están sometidos a las influencias de los medios no solamente sociales, sino también de los cósmicos.

El carácter y los motivos: he aquí, en suma, las dos factores productores de todas las acciones humanas. El humano obra siempre conforme a su naturaleza. En cada caso particular, sus acciones están determinadas por la influencia causal de los motivos. Siempre la preferencia tiende hacia lo que parece más. Con Debierre podemos, pues, decir: la última causa de la preferencia es el carácter, es decir, la persona, EL YO—producto extremadamente complejo que la herencia, la educación, los ejemplos, la experiencia, han contribuido a formar—, a quien caracteriza bastante más "la manera de sentir" que la actividad intelectual misma. Los sentimientos conducen al hombre bastante mejor que la razón.

Los fenómenos psíquicos están determinados tan rigurosamente como lo están los fenómenos físicos y biológicos. A propósito se me permitirá recordar estas palabras de Kant: "Si fuese posible penetrar profundamente en la manera de pensar de cada hombre, y si los menores resortes y circunstancias que influyen sobre el hombre fuesen conocidos, se podría calcular exactamente el modo de obrar en el porvenir, como se calcula un eclipse de sol o de luna".

: COSAS SERIAS :

Los agitadores

La prosperidad de la patria depende del amor más o menos grande que los ciudadanos tengan por el orden establecido. De la mayor o menor energía que pongan en afianzar y perfeccionar dicho orden de cosas.

Siguiendo esta lógica yo creo que es fácil encontrar la causa de todos los males y calamidades que afectan a la nuestra.

Y ella, y creo que nadie me lo negará, son los agitadores.

¿Quiénes otros pueden tener la culpa si no son ellos? Ellos andan sembrando, como mala semilla, el descontento entre la clase proletaria. Antes se vivía de una manera patriarcal, familiar. Todos estaban contentos. Por lo menos así lo afirman todos los viejos que se quejan de la corrupción actual y de la mala marcha de las cosas.

Pero ahora no. El descontento, las exigencias absurdas, la reclamación de derechos utópicos, amargan la vida de nuestros honrados y talentosos dirigentes, y de nuestros hombres de trabajo que, afortuna-

damente para nosotros, son muchos todavía.

La crisis salitrera, por ejemplo, indudablemente que es culpa de los susodichos agitadores. Ellos fueron los que indujeron a los buenos y robustos trabajadores a que pidiesen aumento de jornal, casas habitaciones con baños, desayuno con chocolate y hasta automóvil de turismo. Y el corazón altruista y sensible de los patrones no podía negarse a las peticiones que le hicieron sus bien amados trabajadores. Y, como una cosa fatal, vino entonces la bancarrota del salitre, los mutilados por la dinamita, los muertos de San Gregorio, etc.

Eso de la guerra europea, de la poca venta del salitre y otras cosas de las que se habla, opino que son cosas secundarias. Son demasiados previsores y demasiados inteligentes los dueños de salitreras para que en una situación normal no hubiesen hecho frente a esas insignificancias.

Ahora, estos malos hombres de los agitadores, se han metido en las fábricas, en los campos, en el parlamento, en todas partes, co-

rompiéndolo todo con sus palabras envenenadas.

Los obreros hasta ahora estaban bien. Comían bien. Dormían bien. Trabajaban poco. Vivían mucho. Gozaban de excelente salud.

Pero no hacen más que aparecer los agitadores cuando, como si el diablo les ayudase, se enferman los obreros en el aliviado trabajo donde se ganan la vida, sienten hambre, les da la viruela, inventan los albergues, no se contentan con el peso, las dos chauchas y un diez, a más del tan nutritivo pan moreno que se les da. Hablan de la igualdad, de la explotación, del amor. ¿Cuándo se había visto esto antes? Esto es intolerable.

Por eso me he inundado de alegría cuando nuestro talentoso y grande presidente, don Arturo Alessandri, ha dicho que tratará de acabar con la plaga subversiva. Cuando he leído en los diarios los grandes títulos de la Asociación del Trabajo, que se ha fundado con el mismo fin.

Pero mi alegría ha sido delirante cuando la iglesia, nuestra santa madre Iglesia, no contenta con hacer rogativas a Dios, para que cuando se mueran los subversivos los mande al infierno, ha organizado una colecta para combatirlos más prácticamente. Dios debe estar aburrido o demasiado ocupado.

Muy bien; excelente! Así cumple su fin de concordia, de paz y de amor por los pobres.

Cómo hacerse propietario

Es una de las cosas más fáciles que uno pueda imaginar. Yo estoy contentísimo. Feliz, como una persona que se ha revuelto los sesos para solucionar un problema sencillo, sencillísimo.

Don Arturo, el señor don Arturo Alessandri, presidente de esta ubérrima y hermosa República que posee fecundos campos, extensos albergues para trabajadores que han dado millones de pesos a nuestra patria, ha encontrado el quid de la cosa.

Sed hombres trabajadores, dice, huid del alcohol y sobre todo, sed parcós en gastar. Ahorrad toda la plata que dilapidáis en cosas superfluas, y al cabo de poco tiempo seréis poseedores de un hermoso pedazo de tierra.

Puede ser que agregue otras cosas y diga otras palabras. Yo tengo mala memoria. Pero la receta fundamental, el huevo de Colón, está ahí. Así es que si los campesinos,

porque a ellos se dirige especialmente, no son propietarios, es porque no quieren.

Yo, para ayudar a tan altruista mandatario que tan hermoso talento posee en dar soluciones tan acertadas, voy a proponer a los buenos y sumisos campesinos el mejor medio de emplear el dinero que ganan: Pueden, pongamos por caso, gastar un peso cada día en la comida. Con esa suma se puede comer régicamente. Las cosas están ahora sumamente baratas. Las papas, los porotos, el pan, todo está barato. El señor Alessandri sabe esas cosas. El señor Alessandri nunca en su vida habrá comido con un peso al día. Pero él es presidente y estos otros gallos son campesinos. Así es que...

Y creo que bien se puede vivir sin ir al biógrafo, sin darse banquetes, sin usar corbatas de seda, ni cuellos almidonados.

Con dos chauchas que se guarden del peso cincuenta que ganen, pueden comprarse otras cosillas que le sean necesarias. Con el diez que ahorren diariamente a la vuelta de poquísimos años pueden hacerse propietarios, como lo desea nuestro querido y popular presidente. A los que tengan familia se les paga dos pesos diariamente y... arreglado.

Me parece que no puede haber nada mejor.

¡Gracias a la sabiduría alessandrina!

P. GERARDO

NITRO - OZONA

El Gran Remedio Universal

Nitro-Ozona Löwe Weissflog es el único comprobado por medio de la radiografía que cura la tuberculosis (tisis). Pruebas a la vista. Afamado desde 1887. Cura radicalmente: cáncer, gangrena, sífilis, enfermedades del hígado, de los riñones, del estómago, pulmonía, bronquitis, laringitis, asma, hipertrofia, diabetes, albuminuria, reumatismo, hidropesía, obesidad, raquitismo, epilepsia, apoplejía, anemia, catarro intestinal, disenteria, apendicitis, peritonitis, almorranas, fístulas, furunculosis, heridas, úlceras, tumores, contusiones, quemaduras, picaduras venenosas, enfermedades de la piel, de la sangre, enfermedades secretas. Prodigioso en aneurisma, en afecciones del corazón, del cerebro, de la vista, de la espina dorsal, etc., etc., viruela, peste negra, hemorrágica, peste bubónica, tifus, pestes y fiebres en general, son vencidas a las pocas horas con repetidos lavados intestinales y tomas igual tratamiento para demás enfermedades. Catecismo Nitro-Ozona, consúltelo todo enfermo, sea cual fuere el mal que le aqueja y encontrará el medio de sanar radicalmente. Remítelo gratis a quien lo pida.

LUIS LÖWE

CASILLA 882 :: CLARAS 149
SANTIAGO DE CHILE

Droguería DAUBE y Boticas

IMPRENTA SELECTA, SAN DIEGO 174

(Continuación de la 5.ª página)

han simbolizado su horror y su miedo al cambio.

Ellos me han condenado al vagabundaje eterno, imaginándose que el mudar continuamente de lugar, el ver siempre cosas nuevas, el no tener una morada fija, un cuchitril estable desde la cuna al sepulcro, es la más grande maldición para el espíritu de un hombre. Por el contrario, he convertido en fiesta su condenación; me he fabricado un portentoso espíritu de viajero, de explorador, de "glober-trotter" cucharon. Y de esta suerte, vivo en la continua, diversa y perpétua mudanza, una vida infinitamente más variada que mis jueces y mis verdugos. Tú y yo, querido Don Juan, somos los héroes de la diversidad y del cambio. Los lacayos de la casa única y de la mujer única nos han querido salivar en la cara con su desprecio. Pero corremos, ¡oh, Don Juan!, corremos más aprisa que ellos, y los hombres vuelven bajo la tierra a procurarse de nuevo su miserable felicidad.

Pero Don Juan no escuchaba al viajero, y apenas hizo pausa el Judío, continuó diciendo:

—Bajo la máscara de mi leyenda hay tal vez una sonrisa, una sonri-

sa amarga; pero dentro de mi corazón no hallo otra cosa sino la angustia eternamente renovada de mis desilusiones. No he encontrado la mujer que buscaba anhelosamente, y cuando he llegado a viejo una pobre criada ha aceptado mi nombre y mi compañía. Y ahora Don Juan vive entre recuerdos muertos y esperanzas inútiles, y apenas le queda otro placer que no sea el de encender el fuego de su hogar con alguna carta apasionada y perfumada.

El Judío Errante trataba todavía de extraer alguna conclusión filosófica de las palabras de Don Juan. Mas en aquel preciso momento, un hombrecillo obsequioso, vestido completamente de negro y con un lunar en el carrillo izquierdo, vino hacia nosotros para anunciarnos que se cerraba la cervecería. Don Juan sacó de su bolsa una ancha moneda de oro; pero el hombrecillo, después de mirarla, la rehusó. Era un doblón de España de 1662. Juan Ashaverus, más práctico, sacó del portamonedas una moneda de plata, que sonó sobre la mesa, y los tres juntos salimos a la plaza desierta, riendo rumorosamente sin motivo alguno.

GIOVANNI PAPINI

A través de los países El Japón Moderno

I La Transformación

En cierto lugar del Japón había un viejo leñador que vivía con su vieja esposa. Un buen día, nuestro hombre se encontró ante un manantial desconocido para él y que dejaba correr una onda de agua de maravillosa limpidez. Como tenía gran sed, se inclinó para recoger en el hueco de su mano algunas gotas de agua, que llevó a sus labios. Cuando se hubo saciado, vió que se reflejaba su imagen en la superficie de la onda cristalina. ¡Oh, estupor!; estaba completamente transformado: ya no era un anciano, sino un jovencito. Corre a su casa, se muestra a su mujer y le cuenta su asombrosa aventura. Al instante la anciana, ansiosa de reconquistar su juventud y hermosura perdidas, marcha precipitadamente hacia el manantial, mientras su marido queda guardando la morada. El leñador espera por su compañera una hora, dos horas, tres horas; es en vano. Inquieto ya, aguarda otras dos horas más, y tampoco aquella aparece. Al fin, temiendo una desgracia, sale en busca de su esposa. Mira por los alrededores del manantial, y no ve nada. Desesperado, casi a punto de regresar, oye no muy lejos algo así como el llanto de un niño. Se acer-

ca, escudriña por entre las altas hierbas que rodean el manantial, y entonces ve una chiquita que le tiende los brazos y en la cual reconoce el leñador a su vieja mujer que, habiendo bebido demasiado agua, ha rejuvenecido hasta el extremo de haberse vuelto una niña.

Este cuento japonés, que conocemos por Feliciano Challaye, encierra una gran moraleja.

A pesar de las pruebas crueles por que ha pasado desde hace más de 20 años, el pueblo nipón ha sabido conservar, en parte al menos, su originalidad encantadora; la marea creciente del capitalismo no ha podido todavía sumergir enteramente su personalidad. Por el contrario, los directores del Imperio del Sol Naciente, que durante siglos habían obstinadamente resistido la dominación de las razas blancas, son los que se precipitaron en el maravilloso manantial. Cuando la navegación de vapor reemplazó a la navegación a vela; cuando los cables interoceánicos establecieron la relación entre los continentes; cuando los colonos norteamericanos, inquietos y emprendedores, invadieron la costa occidental del Nuevo Mundo; en fin, cuando con la apertura del canal de Suez se restablecieron las comunicaciones interrumpidas por las revoluciones geológicas, acortándose

así considerablemente las distancias que separaban al Japón de la civilización de Occidente, los gobernantes nipones se dieron cuenta de la profunda significación de estos acontecimientos y tuvieron la intuición de las transformaciones radicales que iban a operarse en la vida de los pueblos. Entonces, para evitar que su país llegase a ser una simple colonia de Europa, constituyeron un ejército y una marina a la europea. Luego, para poder entrar en tratos diplomáticos de igual a igual con las naciones "civilizadas", el Gobierno se decidió también a modernizar, aunque sólo fuese en apariencia, su organización política, dando al efecto al país, en 1889, una Constitución. En el espacio de unas tres décadas, el Imperio japonés ha podido saltar seiscientos años en la historia, "pasando del siglo de San Luis al de Pierpont Morgan", según la frase acertadísima de Francis Delaissi.

Ocupando un largo rosario de islas, donde se da desde el clima cálido de Formosa al glacial de las Aleutinas, alrededor de 52.000.000 de insulares proflícos ven cómo su número aumenta cada año en 500.000 almas. Pues bien: estas islas, que forman parte de la inmensa cintura volcánica que rodea el Pacífico, son enteramente desprovistas de llanuras y estériles en su mayor porción. De la fracción de la superficie donde el cultivo es posible—un octavo aproximadamente del territorio japonés,—ni una pulgada de terreno es desaprovechada. Las montañas mismas son cultivadas también hasta sus mayores alturas. La obra de regularización de los torrentes, emprendida poco después de la Revolución de 1868, ha preservado de la devastación a largas bandas de tierra. Vastas extensiones pantanosas han sido desecadas y conquistadas para la agricultura. En fin, los matorrales de las altiplanicies han sido reemplazados por un buen arbolado. Y, sin embargo, apenas si todas estas tierras arables, cultivadísimas, bastan para alimentar a los habitantes de las islas. Que llueva con un poco de abundancia, y la cosecha de arroz es dañada, perdida. Entonces, como el hambre amenaza a un gran número de nipones, los países extranjeros tienen que acudir en su auxilio, quedando así el Japón dependiente de ellos.

Pero en las islas hay todavía por realizar grandes progresos en los métodos de cultivo. Aún está en sus comienzos el empleo de los fosfatos, de los abonos químicos. El campesino japonés no se sirve más que de instrumentos muy primitivos e incómodos: rastrillos de madera y arados por el estilo de los que se usaban en el antiguo Egipto. Careciendo de la maquinaria agrícola moderna, vese obligado a estar en el campo todo el día, desde el alba hasta que oscurece, y con él toda su familia. La utilización de los animales es reciente, lo mismo que el uso del carro y la carretilla. Es que los agricultores del país, en sus diversos trabajos, son refractarios a toda innovación, preocupándose solamente de conservar y seguir con cuidado las tradiciones chinas, importadas al Japón hace muchos siglos. De otra parte, el extremado reparto del suelo es también un obstáculo serio al perfeccionamiento de la

agricultura. La penuria creciente del campesino, su deseo de una vida mejor, le han forzado a vender o hipotecar su tierra. Sobre las ruinas de la pequeña propiedad se constituyen y desenvuelven ya grandes dominios territoriales. Mas el progreso agrícola, sin embargo, no es asegurado por ello. A la hora actual, la diseminación de las haciendas sustituye a la antigua división de la propiedad, pero sin que los terratenientes, en general, pongan cuidado en mejorar sus tierras. (1) Así se explica por qué, no bastando la producción indígena a alimentar al país, la actividad principal de los nipones ha sido encauzada vigorosamente hacia el comercio y el industrialismo intensivos.

ARÍSTIDES PRATALLÉ,

(1) G. Weulessee *Le Japon d'aujourd'hui*.

Beneficio a CLARIDAD

EN EL

Salón-Teatro

DE LA

Federación de Obreros y Obreras
en Calzado

SÁBADO 17, A LAS 9 P. M.

Gran Velada Artístico-Literaria
a Beneficio de CLARIDAD

PRIMERA PARTE

- 1.º Obertura por la Orquesta.
- 2.º Poesía leída por su autor R. Meza Fuentes.
- 3.º Conferencia por el Presidente de la Federación de Estudiantes.
- 4.º Romanza por el barítono señor Enrique Canouet.
- 5.º Danzas clásicas por la conocida y precoz bailarina Petit Imperio.

SEGUNDA PARTE

- 1.º Obertura por la Orquesta.
- 2.º GERMINAL, segunda y última representación del emocionante drama en tres actos, del conocido autor español Jorge San-Clemente.

REPARTO

Generosa.....	Sra. Leda
Balbina.....	Sra. Rosa Bobadilla
GERMINAL.....	Sr. Roldolfo Galf
Portela.....	Sr. Luis Román
Doctor.....	Sr. Rogelio Romero
Mirlo.....	Sr. Federico Serrano
Degollina.....	Sr. Mamerto Lizana
Practicante 1.º.....	Sr. T. Vargas
Practicante 2.º.....	Sr. N. N.
Sangrif.....	Sr. Luis Solís
Guardia Civil 1.º.....	Sr. T. Vargas
2.º.....	Sr. N. N.

(El 2.º acto se desarrolla en el castillo de Monjuich)

Precio de la localidad 60 centavos.

PABLO ELTBACHER

Editorial CLARIDAD

LA DOCTRINA ANARQUISTA

A través del pensamiento de Godwin, Proudhon, Stirner, Bakunin, Tolstoy y Kropotkin.

Pedidos y Giros a la Administración de Claridad Casilla 3323, Agustinas 632, Santiago

Precio: 50 centavos ejemplar. Para los agentes, condiciones especiales de venta.